Miércoles, 20 de febrero 2013

En un tiempo de Límites

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/02/in-time-of-limits.html

Cuando el aristócrata francés Alexis de Tocqueville realizó una visita a la recién nacida república americana en los primeros años del siglo XIX encontró muchas cosas que lo dejaron perplejo. La obsesión nacional por hacer dinero, la comida atroz, la extraña forma en que se podía encontrar alta cultura en asentamientos absolutamente aislados en los bosques —"Apenas hay una cabaña de pionero que no contenga algunos raros ejemplares de Shakespeare", escribió; "Recuerdo haber leído el drama de Enrique V por primera vez en una cabaña de troncos"— Todo le intrigaba, y lo puso por escrito en las páginas de su notable libro “La Democracia en América”[1].

Aún así, una de las cosas que más sorprendió a Tocqueville nos lleva directamente al tema que he estado desarrollando durante las últimas semanas en el Informe Archidruida. Los americanos de ese tiempo, cuando querían hacer que algo sucediera, no se manifestaban caminando en círculos con carteles o escribían a sus legisladores exigiendo al gobierno que lo hiciera. En cambio, casi siempre se juntaban en una asociación privada diseñada a propósito, y lo hacían ellos mismos. Tocqueville escribió:

"Los estadounidenses se unen para dar fiestas, para fundar seminarios, construir iglesias, distribuir libros, y enviar misioneros a las antípodas. Los hospitales, prisiones y escuelas se crean de esa manera. Por último, si quieren proclamar una verdad o propagar un sentimiento mediante el fomento de un gran ejemplo, forman una asociación. En todos los casos, a la cabeza de cualquier nueva empresa, mientras en Francia estaría el gobierno o en Inglaterra algún magnate local, en los Estados Unidos seguro que encuentras una asociación. He conocido varios tipos de asociaciones en los Estados Unidos, de los cuales confieso que no tenía previamente la menor idea, y a menudo he admirado la enorme habilidad que muestran la hora de proponer un objetivo común para los esfuerzos de muchas personas que de forma voluntaria se empeñan en conseguirlo ".

Los tipos de asociaciones que encontró Tocqueville utilizan una gran variedad de ingeniosas estructuras legales basadas, en su mayor parte, en la Common Law, el derecho civil consuetudinario inglés. Muchos de mis lectores que condenan el papel de las grandes empresas en la vida americana contemporánea pueden estar interesados en saber que el ancestro distante y mucho menos tóxico de las estructuras corporativas de hoy era uno de ellos. Una corporación, en aquellos días, no era un persona jurídica (privilegiada con más derechos y menos responsabilidades que un ser humano). Se trataba sencillamente de un grupo de personas que se proponían lograr algún objetivo y obtenían una concesión del gobierno del estado que les permitía recaudar dinero para tal fin mediante la venta de acciones. La mayoría tenía como finalidad, por ejemplo, la construcción de un hospital o de un canal y tenían una esperanza de vida fijada, definida bien en un número determinado de años o hasta que se cumplía con la finalidad de la corporación.

A veces un objetivo de este tipo de iniciativas era el de hacer dinero, pero de ninguna manera lo era siempre. Los miembros de una comunidad religiosa local que quisieran construir una iglesia nueva, por ejemplo, muy a menudo lo hacían mediante la creación de una sociedad para recaudar el dinero su construcción. Cada miembro compraría tantas acciones como pudiera permitirse, y hermanos en la fe de las ciudades vecinas que quisiesen apoyar el proyecto también podrían participar en la compra de acciones. Cuando se terminaba la iglesia, se disolvía la corporación, y a partir de entonces una parte de los ingresos de las limosnas y donaciones podría ser destinado a recomprar las acciones de unos pocos miembros cada vez. Por otro lado, los miembros de la congregación podían considerarse a sí mismos bien pagados y satisfechos cuando llegaban a su nuevo edificio el domingo por la mañana. Era un medio

[1] Se puede encontrar traducido al español en pdf (http://web.archive.org/web/20130626223407/http://archivosociologico.files.wordpress.com/2009/08/tocqueville-alexis-de-la-democracia-en-america.pdf) o epub (http://freefilebook.com/readbook.php?id=15680)
También en otras lenguas: francés (original) e inglés.

muy eficaz de gestionar las microfinanzas locales, que financió un gran número de mejoras cívicas y la infraestructura en la joven república.

No todas las asociaciones que han dirigido sus esfuerzos hacia el bien público de esta manera eran corporaciones, y espero que se me permita un recuerdo personal acerca de una de esas. Creo que la mayoría de mis lectores habituales saben que soy masón. Sí, soy muy consciente de que esto me hace que un objeto de satanización en la mayor parte de los extremos de la vida política contemporánea de América, pero no me importa mucho, aunque me hace gracia (por lo absurdo del hecho) que me acusen directamente de ser un malvado lagarto reptiliano del espacio como los que David Icke describe en sus libros. En mi ciudad, los diversos grupos masónicos se reúnen en un hermoso y gran edificio de un siglo de antigüedad construido, por cierto, gracias al tipo de construcción corporativo descrito en este ensayo y comparten ciertos proyectos en común. Este año, actúo como secretario de uno de ellos, el Fondo masónico de donaciones. Hace medio siglo tenía un nombre diferente y más revelador: el Fondo masónico de ayuda.

Así funcionaba entonces. Las donaciones de los miembros, los legados testamentarios y una variedad de actividades de recaudación mantenían un suministro de dinero en el Fondo, dinero que se que invertía, y cuyo interés se dedicaba a ayudar a los hermanos masónicos y a sus familias que estaban en dificultades. Los miembros de la Junta de Ayuda, que eran nombrados por cada logia o por cualquier otra institución masónica, investigaban cada caso y luego firmaban los cheques.

Los hermanos más ancianos aún recuerdan los días en que un invierno largo y duro significaba que las familias más pobres de la ciudad se quedaban sin dinero para carbón mucho antes de llegar primavera, pero los que tenían un masón en la familia podían confiar en la llegada del camión de la carbonería local para hacerles una entrega de todos modos. También recibían alimentos, servicios de enfermería, gastos escolares, gastos de entierro... el Fondo de ayuda cubría todo eso y mucho más. Todos los masones de la localidad apoyaban el proyecto en la medida de sus posibilidades. Eso era en parte porque es tu deber moral como masón, pero también porque todo el mundo sabía que, por muy bien que te fueran las cosas en un momento, algún giro inesperado de los acontecimientos podría dejarte en una situación en la que tendrías que depender de Fondo para tu propia supervivencia.

El Fondo ya no compra camiones de carbón en invierno para las familias masónicas pobres, y la razón para ello es son las múltiples consecuencias del impacto del imperio en las comunidades estadounidenses. Como consecuencia de los programas de la "Gran Sociedad" de Lyndon Johnson de la década de 1960, los programas de asistencia social del gobierno tomaron el relevo al Fondo de Ayuda masónico y sus muchos equivalentes en la vida de los pobres de las comunidades estadounidenses. Las peticiones de ayuda fueron disminuyendo hasta parar, y la Junta de ayuda se encontró con una creciente pila de dinero que ya nadie parecía necesitar. Después de mucha discusión, y por el voto de los entes masónicos que financiaban la Junta, se cambió su nombre por el de Fondo masónico de donaciones y se usó para pagar mejoras de rehabilitación en un edificio.

Lo mismo, a menudo en términos mucho más radicales, ha sucedido a muchas otras organizaciones de voluntarios que alguna vez desempeñaron, más o menos, los papeles de los programas de asistencia social del gobierno. En 1920, por ejemplo, existían algo así como 3.500 entidades benéficas o fraternidades distintas en los Estados Unidos, y alrededor del 50% de la población adulta (por cierto, contando ambos sexos y todos los grupos étnicos del país) pertenecía a por lo menos una de ellas. Las razones de la pertenencia eran muy variadas, como en todos los fenómenos sociales humanos, pero había razones puramente pragmáticas para querer hacerse miembro de la logia local de los Odd Fellows, los Caballeros de Pitias, o lo que sea: en un momento en que los empleadores por lo general no daban compensación por enfermedad ni otros beneficios a los empleados, la mayoría de las órdenes fraternales lo hacían.

Si pertenecías a los Odd Fellows, por ejemplo, acudías a las reuniones una noche a la semana y pagabas una cuota semanal (que era por lo general de unos 25 centavos de dólar, más o menos equivalente a $ 20 en la actualidad). A cambio, si te ponías demasiado enfermo como para trabajar, la asociación te daba un subsidio por enfermedad, y si morías, la logia cubriría los gastos del funeral y entierro y garantizaría que tu familia estaría atendida. Si, como ocurría a menudo, el marido pertenecía a los Odd

Fellows y la esposa a Rebekahs, rama femenina de la misma organización, la familia tenía una doble posibilidad de ayuda por parte de la fraternidad.

Una vez más, voy a contar algo personal, más cercano los hechos abstractos que se pueden obtener de viejos libros de historia. El padre de mi abuelo paterno era un oficial de policía en el puerto franco de Aberdeen, Washington, y un Odd Fellow. En 1920 fue muerto a tiros en acto de servicio, dejando esposa y trece hijos. La logia de los Odd Fellows de Aberdeen pagó su funeral y luego se hizo cargo de su familia (a sus hijos, hasta que llegaron a la edad adulta y a su viuda durante el resto de su vida). No es una casualidad que mi abuelo, cuando tuvo unos veinte años, se convirtió en miembro fundador de una organización de servicio a la comunidad, Active 20-30 Internacional.

En 1920, los Odd Fellows tenían su máximo tamaño e influencia, y era considerada como la mayor organización fraternal en América del Norte. Hoy en día, es una sombra débil y vacilante de lo que fue. Cuando se iniciaron los programas de asistencia social y las pensiones fueron pagadas por las empresas, la función principal de los Odd Fellows (y las de un gran número de organizaciones similares) despareció. Lo mimo ocurrió, a su debido tiempo, con la mayor parte de las organizaciones. Una vez tuvimos una próspera logia de los Odd Fellows aquí en Cumberland; el edificio sigue ahí, con un mosaico en que figuran las letras IOOF en su fachada, pero la logia es cosa del pasado.

Ahora es justo señalar que el cambio desde los fondos privados de ayuda hacia los programas de asistencia social del gobierno ha tenido ciertas ventajas definitivas. Las asociaciones de voluntarios de ayuda mutua en la era pre-bienestar (como los masones y Odd Fellows, asociaciones religiosas como iglesias y sinagogas, etc) contaban con recursos limitados, por lo general las parcas cuotas de sus miembros, o de los miembros de otras poblaciones. Para volver a un punto señalado anteriormente en estos posts, las organizaciones de ayuda entonces tenían que tratar sus recursos como un bien común que podría ser destruido por el abuso, de modo que establecieron diversos requisitos al acceso a esos recursos para asegurarse de que las personas que recibían ayuda realmente la necesitaban, y no estuvieran simplemente tratando de engañar al sistema.

Los grandes bolsillos del gobierno en una era de expansión nacional han permitido, por un tiempo, hacer caso omiso de tales factores. Los nuevos programas de bienestar social podrían llegar a todos los que los necesitan, o por lo menos a todo el mundo cuya reclamación de necesidad estuviera avalada o por una u otra facción política. La generosidad resultante se distribuye, de forma variable, en todo el espectro de clases sociales en diversas cantidades —en el bienestar de los pobres, sí, pero además en una increíble variedad de subsidios directos e indirectos federales para la clase media, amplias lagunas fiscales y deducciones fiscales corporativas para beneficiar a los ricos— y lo que lo hizo en gran medida fue financiar los lujosos estilos de vida que disfrutan los estadounidenses durante el cenit imperial de su nación.

Ese es el tipo de cosas que una sociedad puede hacer cuando tiene la disponibilidad de recurrir millones de años de luz solar almacenada para apuntalar su economía, por no hablar de un imperio global que le da un acceso privilegiado a la energía, materias primas y productos de la industria que esos quinientos millones de años de luz solar almacenada hicieron posible. No importa que eso sea o no que una buena idea ; es mucho más importante, me parece, reconocer que los estados de bienestar de finales del siglo XX fueron el producto de una enorme pero efímera abundancia de energía y de productos energéticos que no existían anteriormente, y que seguro que no existirán cuando se haya superado la superabundancia energética.

Creo firmemente que nadie en los Estados Unidos está dispuesto a enfrentarse a ese hecho hasta mucho después de que la abundancia del pasado reciente sea un recuerdo que se desvanece. La última década de disputas en Washington DC es más que una evidencia del modo en que están soplando los vientos. Los republicanos hablan de puestos de trabajo, los demócratas hablan de justicia, pero en ambos casos lo que está pasando se describe mejor como una pelea navajazos sobre cual de los bloques de votantes del partido tiene que mantener su acceso acostumbrado al comedero federal. Puedes escoger cualquier punto en el complicado panorama político de los EE.UU. modernos, y siempre ocurre que la gente en esa posición critica con impaciencia los proyectos que no los benefician a ellos

personalmente, pero gritan como gatos monteses airados si algo amenaza su propio acceso a la generosidad del gobierno.

Sospecho, si a alguien le interesa mi opinión, que los últimas ayudas del gobierno de Estados Unidos irán destinadas a apuntalar los estilos de vida de la clase media estadounidense: la ayuda financiera que permite a las familias de clase media no tener que cargar con todo el costo de una educación universitaria para sus hijos, la seguridad social y Medicare que les evita tener que pagar toda la factura en su vejez y la de sus padres, la galaxia de programas destinados a hacer que les sea más fácil comprar casa, y todo eso. Los programas que benefician a la clase media de manera desproporcionada ya constituyen la mayor parte de los programas federales de ayuda social en los Estados Unidos, que dejan en nada el 2% del presupuesto federal que va a los pobres, o el 5% que se destina al bienestar corporativo: esa cifra es una medida razonable de la influencia política que la clase media puede ejercer en defensa de sus privilegios.

Sería agradable suponer, a medida que los Estados Unidos se deslizan por su trayectoria de declive imperial y aumenta el número de estadounidenses en graves problemas, que los votantes de clase media podrían reconocer la gravedad de la situación y apoyar, por ejemplo, evaluaciones de los programas de bienestar a la clase media, para que los que en realidad no necesitan ayuda se queden fuera, en favor de aquellos que sí lo necesitan. Sin embargo, espero que ninguno de mis lectores esté conteniendo la respiración esperando a eso suceda. Muy al contrario: a medida que la contracción económica se acelere y la escasez de energía y de recursos apriete más duro, la lucha en torno al comedero sólo será más enconada. Dudo que muchos de los combatientes se mantengan en la lucha mucho tiempo, pues debéis daros cuenta de que, a largo plazo, es una lucha sin ganadores.

En el momento de límites que vendrá, ningún país del mundo va a ser capaz de financiar un estado del bienestar del tipo que ha sido común en las sociedades industriales del último siglo. Esa es una de las duras realidades de nuestra situación. Las economías nacionales alimentadas por fuentes de energía renovables difusas, obligadas por los estrictos límites ecológicos, y obligadas a hacer frente a la inestabilidad generalizada de una biosfera planetaria dañada, simplemente no serán capaces de producir el excedente de riqueza necesario para hacerlo viable. Los métodos para financiar las necesidades sociales urgentes que existían en los días previos de la economía de la abundancia no existirán, y por esa razón tiene sentido sugerir un renacimiento de la vieja costumbre americana de formar asociaciones de voluntarios para financiar y gestionar los servicios públicos.

Proyectos de este tipo tienen al menos dos ventajas importantes, y ambas son lecciones que los estadounidenses una vez supieron y tendrán que volver a aprender a toda velocidad. La primera es que una asociación privada no se puede permitir el lujo de creer que tiene recursos ilimitados. En la actualidad alrededor del 60% de los estadounidenses reciben más en forma de prestaciones económicas de gobierno de lo que pagan en impuestos. Los expertos conservadores insisten en que esto significa que los impuestos están esquilmando el erario, pero los hechos son considerablemente más preocupantes: la brecha que se genera está siendo cubierta con dinero prestado, lo que significa que, en esta época está siendo pagado gracias a la impresión de dinero. Esa es una receta para un colosal problema económico a corto plazo. Una asociación privada, por el contrario, no puede imprimir su propio dinero, y si sus miembros votan darse a sí mismos más fondos de lo que hay en tesorería, muy rápidamente descubrirán que no es una buena idea.

La segunda está estrechamente relacionada con la primera. Los fondos de ayuda de las antiguas órdenes fraternales y sus equivalentes en todo el espectro de las asociaciones de voluntarios aprendieron muy pronto dos importantísimas lecciones. La primera fue que algunas personas sólo estaban interesados en engañar al sistema para chupar lo que pudieran sin aportar nada a cambio. La segunda es que si se les permite a esas personas que se salgan con la suya, y que rebañen el fondo de sus recursos, es un camino directo al fracaso. La respuesta corriente era limitar el acceso al fondo de ayudas a los que habían contribuido a ella, o la organización que lo patrocinó, al menos hasta el punto de unirse a la organización y mantener al día en sus cuotas.

Ese es el motivo por el que el Fondo de ayuda masónica aquí en Cumberland solamente compraba carbón para las familias pobres que tenían un miembro de la familia en la masonería, y por qué muchos

de los fondos similares gestionados por otras logias, por iglesias u otras instituciones sociales en el días anteriores a la asistencia social tenían reglas parecidas. La lógica de esta costumbre es la misma lógica de protección de los comunes que ya hemos comentado varias veces en esta serie de posts. Un fondo de ayuda es un bien común y como cualquier otro bien común puede ser destruido si los que tienen acceso a él pueden abusar en su propio beneficio; para evitar esto, es esencial establecer algún tipo de limitación al acceso a los bienes comunes.

También hubo organizaciones que existían para proporcionar ayuda a las personas que no eran sus propios miembros, y en realidad la mayor parte de las antiguas logias dirigían una parte de sus esfuerzos para ayudar a personas de la comunidad en general, como de hecho la mayoría de ellos todavía lo hacen. Una vez más, sin embargo, el acceso a los limitados recursos disponibles era controlado, de manera que esos recursos podrían ser dirigidos donde, de acuerdo al criterio de la organización patrocinadora, iban a hacer el mayor bien. El tópico del siglo XIX acerca de "los pobres inmerecidos" — es decir, aquellos cuya pobreza no era principalmente la consecuencia de sus propios hábitos y decisiones, y que por eso podrían conseguir mejorar su situación con un poco de ayuda inicial— es profundamente ofensivo para muchas personas en nuestra cultura actual, pero refleja una dura realidad.

No entro en si el hábito de tirar el dinero a mansalva sobre los pobres es una respuesta útil a la pobreza o no; el hecho es que una América post-imperial en la pendiente descendente de la era de la energía barata no tendrá recursos para mantener esa costumbre, ni siquiera con los pobres que ahora tiene y mucho menos con el enorme aumento del número de nuevos pobres que tendremos con nuestra economía en declive. Quienes están preocupados por acabar con la miseria y se implican en ello deben ser conscientes de que no podrán acudir al gobierno en busca de ayuda; aquellos cuyo sentido de la compasión les lleva a querer hacer algo útil por los pobres quizá deban considerar algún tipo de respuesta distinta más útil que la de tratar de forzar al gobierno para que suelte fondos para ese fin.

En cualquier caso, podría valer la pena adoptar, o al menos tener en cuenta los enfoques de eficacia probada de una época menos extravagante. Es justo reconocer que las asociaciones de voluntarios centradas en esos fines no serán capaces de resolver todos los problemas de una sociedad post-imperial en un mundo que se va des-industrializando (pero tampoco ninguna otra cosa podrá resolverlo *todo*). Sin embargo pueden hacer algún bien. En un momento de límites, quizá sea lo mejor que se pueda hacer.